

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

14



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1973

EL POETA Y DIOS

ANÁLISIS TEMÁTICO DE TRES POETAS ESPAÑOLES EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

IRENE GARTZ

Departamento de Humanidades
Instituto Tecnológico
y de Estudios Superiores
de Monterrey

UNO DE LOS FENÓMENOS, mejor dicho: de los elementos esenciales de la Literatura Española que me han llamado la atención especialmente, es la expresión de la religiosidad del hombre español a través de las obras literarias. Religiosidad no en su sentido profundo quizás, sino la simple conciencia y natural expresión de que el hombre es creatura de Dios, que la fe católica es la verdadera fe, que el hombre, sea malo o bueno, es pecador ante Dios y que él necesita de la misericordia divina y la agradece.

Este espíritu tradicionalista se ha conservado dentro de la península ibérica hasta el principio del siglo XX. Corrientes europeas de los países germanos, corrientes de rebelión, reforma, separación de la Santa Iglesia nunca han llegado a apoderarse del espíritu español.

Pero la "Generación del 98", generación intelectual-literaria, rompe el cerco. España se hace consciente de su participación en la vida europea y —como una esponja desecada chupa el agua— chupan los intelectuales españoles las ideas de filósofos extranjeros, como Spencer, Comte, Kierkegaard, Bergson, Heidegger y otros. ¿Cómo influirán aquellas ideas en la vida espiritual española? ¿Cómo se desarrollará la posición del hombre español delante de Dios que ha sido su Señor durante un millar y medio de años?

Entre los poetas españoles de la primera mitad del siglo XX veremos a tres que tuvieron que sufrir la soledad y la angustia de perder valores, valores que en juventud habían sido considerados firmes, fijos. Hombres que tenían que luchar por una nueva valoración subjetiva. Cada uno de ellos llegó a

un punto de vista muy diferente: Ellos son Antonio Machado de Ruiz, Dámaso Alonso y don Miguel de Unamuno.

El orden que sigue el estudio no es un orden cronológico; se quiere tender un puente desde el hombre separado de Dios (*Las Faces de Dios* - Antonio Machado) sobre el hombre sujeto al Ser Divino (*La Lucha del YO* - Dámaso Alonso) hacia el cristiano que experimenta la salvación por intervención del Dios-Hombre (*Esperanza - Fe - Cristo* - Miguel de Unamuno). El análisis se basa en la expresión poética de los autores aunque intervienen ideas desarrolladas en textos de prosa.

Las Faces de Dios en la Poesía de Antonio Machado.¹

Por lo general se considera a Antonio Machado un incrédulo. El trabajo nos llevará por distintas etapas de la vida interna del poeta hacia la meta que alcanzó el filósofo, su personal concepto de Dios.

Como representante de la Generación del 98 trata el poeta de analizar las causas que han originado la ruina de su querida patria. Y acusando a la Iglesia Católica y a la religiosidad del español como culpables, busca Antonio Machado las formas en las cuales Dios es manifestado en la mentalidad y literatura de su pueblo. En "El Dios Ibero"² dibuja Antonio Machado al dios del campesino "que apedreó la espiga y malogró los frutos otoñales" y también al Señor "que grana centenos y trigales". La cara del Dios de la Venganza que maldice los asesinos y les cobra la vida, la reconoce el poeta en "La Tierra de los Alvargonzález".³ Con alta apreciación respeta el crítico la irradiación del alma de Gonzalo de Berceo,⁴ la contemplación impasible de Fray Luis de León,⁵ el "alma de Fuego" de Santa Teresa,⁶ el "espíritu de Llama" de Juan de la Cruz,⁵ la creencia de Miguel de Unamuno que quiere fundar y adelantar una verdadera fe en el alma española,⁷ pero "esa España inferior que ora y bosteza",⁸ "estos coranzoncitos de Jesús que se apagan

¹ MACHADO, ANTONIO, *Antología Poética*, (Col. Libros RTV, No. 16, Biblioteca Básica Salvat), Ed. Salvat - Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1969. MACHADO, ANTONIO, *Abel Martín - Cancionero de Juan Mairena, Prosas Varias*, 2a. ed. (Bibl. Contemporánea, No. 20). Ed. Losada, S. A., Buenos Aires, 1953.

² "Campos de Castilla", No. CI.

³ "La Tierra de Alvargonzález", No. CXIV.

⁴ "Mis Poetas", No. CL.

⁵ "Campos de Castilla", No. XCVIII ("filósofos nutridos de sopa de convento").

⁶ "Proverbios y Cantares", No. XX.

⁷ "A Don Miguel de Unamuno", No. CLI.

⁸ "El Mañana Efímero", No. CXXXV.

en el frío”⁹ y al señor Jerónimo con sus restricciones y censuras¹⁰ los abomina y los culpa.

La investigación lleva al poeta al rechazo de la fe tradicionalista, y él se encuentra luego dentro de un vacío mental. El anhelo por encontrar a Dios vive en él —como en cada hombre que ha pasado por una infancia de influjos religiosos— y este anhelo se expresa en varias ocasiones. En su obra temprana se vale el poeta de hablar de sueños, sea que sus inquietudes broten del subconsciente, sea que su liberalismo intelectual tema aún una confesión sincera, formulada. Vemos por ejemplo: “Ayer soñé que veía / a Dios y que a Dios hablaba, / y soñé que Dios me oía. . . / después soñé que soñaba.”¹¹ En “Galerías” podemos leer: “y pobre hombre en sueños, / siempre buscando a Dios entre la niebla”.¹² La desesperación del poeta durante esta etapa de su vida es formulada de tal modo: “. . . razón y locura / y amargura: / de querer y no poder / creer, creer y creer”.¹³ y la resultante resignación sobria: “El Dios que todos llevamos, / el Dios que todos hacemos / el Dios que todos buscamos / y que nunca encontraremos”.¹⁴

Perdida la fe, la plataforma, perdido el amor con la muerte de su mujer, empieza Antonio Machado la búsqueda por una fe que satisfaga al hombre liberal: “la fe después del pensar”.¹⁵ Esta búsqueda toma un paso más firme que la anterior busca nostálgica de tristes sueños. El sevillano se convence de que se podrá hallar “una fe que nace / cuando se busca a Dios y no se alcanza, / y en el Dios que se lleva y que se hace”;¹⁶ se convence de que se podrá hallar “al Dios de la distancia y de la ausencia, / del áncora en la mar, la plena mar . . . / El nos libra del mundo —omnipresencia—, / nos abre senda para caminar”.¹⁷

El anhelo de encontrar la faz de “su” Dios, acompaña a Antonio Machado por una etapa larga de soledad del alma dentro de la mar de la eternidad. Pero el anhelo pierde el sello de ansiedad y se transforma en una filosofía abstracta. El Dios soñado, buscado, el “sembrador de estrellas”,¹⁸ se le convierte en el creador de la sombra, creador de la nada.¹⁹ La última faz del

⁹ Véase nota 5.

¹⁰ “Proverbios y Cantares”, No. CXXXV.

¹¹ *Ibid.*, No. XXI.

¹² *Ibid.*, No. LXXVII.

¹³ “Campos de Castilla”, No. CXXVIII.

¹⁴ “Parábolas”, No. VI.

¹⁵ “Proverbios y Cantares”, No. XXXII.

¹⁶ “Elogios” (“Desde mi Rincón”), No. CXLIII.

¹⁷ “Cancionero Apócrifo de Juan de Mairena” (“Siesta”).

¹⁸ “Galerías”, No. LXXXVIII.

¹⁹ “Abel Martín” (“Al Gran Cero”).

Señor que el poeta-filósofo nos revela es una cara que no se inclina hacia el hombre y su destino, es la cara de un ser autosuficiente en su inconcebible perfección: la faz del “Ser que se es.”²⁰

Qué distinto de este camino de filosofía abstracta es el camino del existencialista Dámaso Alonso, su

Lucha del “Yo.”²¹

Mientras Antonio Machado partió del punto de vista nacional, tenemos en Dámaso Alonso al hombre, o mejor dicho: al ser humano, ante Dios. En su poesía confiesa el alma humana su miseria y su dicha. Parece obvio que se manifiesta un misticismo moderno en sus poemas. Pero queremos emplear el concepto de misticismo con cierta cautela. El auténtico misticismo español llegó a su auge en oposición al movimiento del renacimiento. Todos sabemos que los mejores y mayores místicos eran los de los Siglos de Oro. ¿Y qué es lo que ellos nos han dejado? La comunicación de la experiencia del alma humana que se pierde en Dios. ¿Y qué fue de otro lado la esencia espiritual del renacimiento? El despertar y el independizar del “yo” del hombre.

En casi 500 años, el hombre ha aprendido a entender mucho; mucho acerca del hombre, mucho acerca de los enigmas de la creación. Parece que no hay límites puestos a la extensión del poder del “yo” humano. El hombre domina la creación. Pero nuestro tiempo ve el lado negativo de esta realidad: la liberación del “yo”, su desarraigamiento, ha costado un precio alto. El hombre moderno, podemos decir el hombre existencialista, se siente frustrado y, o se deja caer en el nihilismo o se busca una salida.

Dámaso Alonso, el gran sabio, conocedor y magistral intérprete de tantos poetas españoles, tiene que luchar la batalla de quinientos años del desarrollo humanos, dentro de sí mismo. Veremos a dónde lo llevaban sus sufrimientos.

El joven intelectual ha absorbido las ideas filosóficas de Bergson (Antonio Machado), Heidegger, Sartre - y su espíritu se encuentra aislado de las raíces metafísicas medievales. El confiesa haber hecho la libertad, centro de sí. Se sentía “Libre Dámaso-Dios” y sigue: “osé la libertad que Dios me daba, / látigo contra Dios alzar. . . / ”²² Pero más tarde sufrió la soledad entre hombres: “El hombre en voz en viento. . . ay, nunca el cielo entenderá su grito:

²⁰ *Ibid.*

²¹ ALONSO, DÁMASO, *Oscuro Noticia y Hombre y Dios* (Col. Austral, No. 1290), Ed. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1959. ALONSO, DÁMASO, *Hijos de la Ira*, (Col. Austral, No. 595), 2a. ed., Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1958.

²² “Hombre y Dios”, p. 142.

/ nunca, nunca los hombres.”²³ Su gran poema “Mujer con Alcuza”, poema de la figura simbólica del ser humano en el viaje de la vida, nos repite ocho veces el estribillo “y estaba sola”.²⁴

De la soledad brota la angustia, la *angustia de la vida*: “Quede a nosotros / turbio vivir, terror nocturno, / angustia de las horas”.²⁵ La *angustia de la sumisión del amor carnal* simbolizada por “los insectos... me roen las noches... que roían el mundo... royendo y royendo mi alma, la pobre...”²⁶ La *angustia de la muerte*, del “terrible momento de tránsito”²⁷ cuyo presentimiento Dámaso expresa en esta forma: “Ah, sí, que es más horrible / infinito caer sin dar en nada, / sin nada en que chocar. Oh viaje negro, / oh poza del espanto: / y cayendo, caer y caer siempre.”²⁸ Pero la angustia más horrible aún, es la *angustia de Dios*.

Esta angustia de Dios se le presenta a Dámaso Alonso en dos dimensiones. La una: cuando el alma no dispuesta al llamado siente la presencia de Dios. “A veces en la noche yo te siento a mi lado. / que me acechas, / ... y el alma se me agita con el terror y el sueño / como una cabritilla, amarrada a una estaca, / que ha sentido la onda sigilosa del tigre.”²⁹ La otra, la opuesta, aquella en que aún buscando a Dios, se es rechazado por El, la que el poeta expresa en el poema “La Sombra”: “No me digas que no. No, no me digas / que soy náufrago solo / como esos que de súbito han visto las tinieblas / rasgadas por la brasa de luz de un gran navío, / y el corazón les puja de gozo y de esperanza. / Pero el resuello enorme / pasó, rozó lentísimo, y se alejó en la noche, indiferente y sordo.”^{30 31}

Aquí se marca claramente la necesidad de Dios que sufre el poeta. Esa necesidad toma en él una forma especial. No es la necesidad de sólo reconocerlo, de coexistir con El, sino la necesidad de renunciar la importancia del propio “yo”, la necesidad de entregarse sin condiciones a Dios. ¡No! ¡no

²³ “Hijos de la Ira”, p. 36.

²⁴ *Ibid.*, pp. 64/65.

²⁵ *Ibid.*, p. 31.

²⁶ *Ibid.*, pp. 121/122.

²⁷ *Ibid.*, p. 41.

²⁸ *Ibid.*, p. 88.

²⁹ *Ibid.*, p. 91.

³⁰ *Ibid.*, p. 92.

³¹ Una tercera dimensión de la Angustia de Dios reconoce Dámaso Alonso en su ensayo “En Busca de Dios” (*Poetas Españoles Contemporáneos*, (Bibl. Románica Hispánica), Ed. Gredos, S. A., Madrid, 1965), pp. 375-380. Aquí cita el crítico los versos de José María Valverde: “Temes el agua quieta de lo eterno, / su belleza suprema en que todo se iguala.” Pero esta idea no es expresada en la poesía de Dámaso como experiencia angustial auténtica suya.

sin condiciones! Dámaso aún no puede con eso, le hace falta primero reconocer la superioridad del otro ser al cual él se quiere subordinar. Con frecuentes menciones, invocaciones y apóstrofes, reconoce él lo extraordinario de Dios. Su grandeza: “tú que todos los límites contiene / en intuición sin límite”,³² — la fuerza de Dios: “pero Dios es más fuerte que tú”,³³ — su espiritualidad invariable, calidad apreciada por el conocedor de lo pasajero humano: “oh ideas purísimas dentro de la mente invariable de Dios...”³⁴ — el Dios misterioso: “Oh Dios, / oh misterioso Dios...”³⁵ — el silencio de la eternidad donde no hay las turbaciones del hombre: “el silencio de tu invariable noche”³⁶ y “rodeado de un silencio / que ni aún ángeles turban”,³⁷ — la justicia de Dios que puede sosegar el alma del hombre que es agitada por la injusticia mundana: “Dame, gran Dios, los ojos de tu justicia.”³⁸

Ya reconocido y aceptado que Dios es superior a todo humano, Dámaso Alonso justifica su anhelo de acercarse a El. Como científico necesita de un análisis, de una historia del desarrollo de sí mismo y nos lo da en “La Isla”: “Y pienso / cuan prodigioso fue / que tú me rodearas, / que tú me contuvieras, Señor, así, / ... que hayas estado circundándome / cuarenta y cinco años / originándome / cuarenta y cinco años, / callado y en reposo junto a tu criatura / más desvalida, / ... Y has sido para mí como un paisaje / nunca visto, ni soñado tampoco, / y como una música no oída ni pensada, / que misteriosamente, / sin nosotros saberlo, / nos condicionen con secretos efluvios de belleza / ... y luego has comenzado / a agitarte, a agitarme. / ... y me he asomado en la noche / y he sentido bullir, subir, amenazadora, una marea inmensa y desconocida / ... Oh, Dios; / yo no sabía que tu mar tuviera tempestades, / y primero creí que era mi alma la que bullía, la que se movía, / ... / y eras tú.”³⁹

Después de esa conclusión, el poeta da elocuente expresión a su anhelo: “Todo, todo sí, aún Dios, el Dios inmenso, / va a centrarse en mi mente.”⁴⁰

La meta mística de la vida madura del pensador se determina definitivamente en “Embriaguez”: “la ebriedad de mi sangre busca un lago / final:

³² “Hombre y Dios”, p. 115.

³³ “Hijos de la Ira”, p. 54.

³⁴ *Ibid.*, p. 30.

³⁵ *Ibid.*, p. 72.

³⁶ *Ibid.*, p. 75.

³⁷ “Hombre y Dios”, p. 125.

³⁸ *Ibid.*, p. 117.

³⁹ “Hijos de la Ira”, pp. 136-138.

⁴⁰ “Hombre y Dios”, p. 124.

embriagarme en Dios un día.”⁴¹ Su “yo” ofrece ser borrado: “y sea yo isla borrada de tu océano”.⁴²

La humillación del gran hombre es conmovedora. Las imágenes en “De Profundis” no son juegos de palabras, sino reflejan tanto el sufrimiento como el trabajo espiritual: (Dios) “quiso que fuera ..una ramera de sollicitaciones mi alma, / no una ramera fastuosa de las que hacen languidecer / de amor al príncipe, / ... / sino una loba del arrabal, acoceada por los trajinantes, / ..yo soy la piltrafa que el tablero arroja al perro / del mendigo... / yo soy el orujo exprimido en el año de la mala cosecha, / yo soy el excremento del can sarnoso, / y el zapato sin suela en el carnero del camposanto, / yo soy el montoncito de estiércol a medio hacer, que nadie compra, / ...; déjame, déjame fermentar en tu amor / ...para que un día sea mantillo de tus huertos!”⁴³

Después de tanta ansiedad son pocos los ejemplos del gozo místico, gozo que para nosotros, hombres de nuestro tiempo, aún con toda voluntad espiritual, es difícil de concebir. Pocas palabras nos comunican la dicha de no haber estado buscando en vano: “Yo, sólo, el junco verde que los vientos agitan / en tus orillas grises. / ...Yo el Hombre / oh tú, mi Dios, mi Dios.”⁴⁴ Con alegría reconoce el hombre el cual ya no insiste en su “yo” que “fantasmas eran, son, sólo fantasmas, / mis interiores enemigos. /”⁴⁵

A este escalón del estado espiritual se repite el saber de la necesidad de la caída, que antes el poeta había sufrido en angustia. Ahora nos recuerda su caída el “amoroso lance” de San Juan de la Cruz.⁴⁶ Y con firme esperanza se nos comunica el sentimiento de una tranquilidad satisfecha, esa confianza en la voz del Padre: “Vas a caerte, / abre las alas.”⁴⁷

Nosotros —hombres activos en un tiempo productivo— no nos contentamos con la pura abstracción de una idea. ¿Cuál será la tarea resultante de la experiencia de Dámaso? El nos confiesa con júbilo y satisfacción: “Porque la mano de Dios me tocó, / porque me ha dicho que cantara: / por eso canto.”⁴⁸

Hemos observado un largo camino, el camino de una larga vida humana,

⁴¹ *Ibid.*, p. 137.

⁴² “Hijos de la Ira”, p. 139.

⁴³ *Ibid.*, pp. 143/144.

⁴⁴ “Hombre y Dios”, p. 129.

⁴⁵ “Hijos de la Ira”, p. 149.

⁴⁶ CRUZ, SAN JUAN DE LA, *Obras Escogidas*, 5a. ed. (Col. Austral, No. 326), Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1964. “Otras Coplas al mismo invento”, p. 35.

⁴⁷ “Hijos de la Ira”, p. 158.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 27.

pero también el camino de un “yo” decepcionado, frustrado, angustiado, de un “yo” autoconsciente, orgulloso de su libertad e independencia, de un “yo” apasionado, sensible, intelectual —de un intelecto influido por la filosofía de tantos siglos, filosofía que ha ido destruyendo más y más el concepto de la unidad metafísica—. En una palabra: el camino del existencialista al núcleo de la existencia del ser humano al radicar en Dios.

Ya hemos visto a un hombre que se quemó el corazón en el hielo de un Dios indiferente. Acabamos de ver a otro que entregó su alma sin condición previa al Dios que parece existir exclusivamente para él. Nos falta ver al tercero, el que encuentra a su Dios por intervención del Dios-Hombre: a Miguel de Unamuno.

Esperanza - Fe - Cristo

Diferente de los pasajes anteriores de este estudio, el de ahora no revela las ideas del autor a través de su poesía: las apoya. Es que las ideas de don Miguel se encuentran expresadas más claramente en sus ensayos. De ahí partimos para poder comprender su poema “El Cristo de Velázquez”.⁴⁹

Un concepto mil veces repetido en la crítica literaria acerca de Unamuno es su “ansia de inmortalidad”.⁵⁰ Esa ansia explica la creencia del poeta. El género humano vive del recuerdo, de la experiencia; en breve: de la historia del pasado. ¿Qué hay de ilógico en prolongar la línea del pasado a través del presente hacia el futuro? Sin pensar en el futuro no hay dinámica, no hay actividad, no hay voluntad de sobrevivir, de transformar, de crear. Pensar positivamente en el futuro es esperanza. Y Unamuno define exactamente: “Y si la fe es la sustancia de la esperanza, ésta es a su vez la forma de la fe. Se recuerda el pasado, se conoce el presente, sólo se cree en el porvenir. Creer lo que no vimos es creer lo que veremos. La fe es, pues, lo repito, fe en la esperanza.”⁵¹

El cristianismo, o sea la religión que predica que Cristo, el Hombre Dios, venció la Muerte y lleva al alma redimida hacia un feliz futuro sin confines, es para Miguel de Unamuno la única salida de la angustia de la muerte.

⁴⁹ UNAMUNO, MIGUEL DE, *El Cristo de Velázquez*, 3a. ed. (Col. Austral, No. 781), Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1963.

⁵⁰ La exposición de teorías se basa en el artículo “Religiosidad de Unamuno, indiferencia religiosa de Ortega” de PIÑERA, HUMBERTO, *Unamuno y Ortega y Gasset, Contraste de dos Pensadores*, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, México, 1965, pp. 39-50.

⁵¹ UNAMUNO, MIGUEL, *Del Sentimiento Trágico de la Vida*, tomo II, Aguilar, Madrid, 1951, p. 909.

Sin embargo hay durante la vida de Unamuno constantes fricciones, que resultan de conflictos entre la ansiedad de satisfacer a la razón y la ansiedad de satisfacer a la esperanza. Pero en todas las épocas de su vida ha salido ganadora la voluntad de creer en la esperanza, en contra del movimiento filosófico del nihilismo.

De las manifestaciones del cristianismo, la que más satisface a don Miguel es el catolicismo como la más adecuada para él, aunque no acepta todo el dogmatismo de la iglesia romana. Su cristianismo lleva más bien el sello metafísico, un algo de la remota Iglesia original.

Sin ir más a las teorías: aquí queremos ver como Unamuno "un hombre embriagado de Dios"⁵² da expresión poética a su creencia en el salvador.

El poema de versos blancos endecasílabos que reflexionan ante el óleo de Velázquez lo veo centrado en siete núcleos en los cuales se agrupan las ideas:⁵³ la idea principal de Unamuno: la victoria sobre la muerte, la humanidad de Dios y del universo, el amor divino que irradia luz, ideas eucarísticas, el pecado y la salvación, la ansiedad del hombre por Dios, y el Cristo que satisface a la razón del hombre.

En torno a los constantes pensamientos de Unamuno acerca de la muerte encontramos: "mostrándonos / al hombre que murió por redimirnos / de la muerte fatídica del hombre"⁵⁴ "tú salvaste a la muerte"⁵⁵ y ahora con más revelación de la angustia del hombre: "con tus brazos / ... / recorres la cortina de tinieblas / del terrible recinto del secreto / que a la casta de Adán le acongojaba / mientras ansiosa consumía siglos".⁵⁶ Viendo la única salvación en el redentor, suplica el poeta: "No escondas tu rostro, que es volvernó / chispas fatuas, a la nada matriz."⁵⁷ y la confesión medular de su fe: "Sin Ti, Jesús, nacemos solamente / para morir, contigo nos morimos / para nacer..."⁵⁸

Un eslabón entre el tema de la muerte y la humanación del universo parece el pasaje: "Tú, Cristo, con tu muerte has dado / finalidad humana al universo / y fuiste muerte de la muerte al fin!"⁵⁹ "Tú has humanado al universo."⁶⁰ Otra alusión a la humanidad eterna hallamos en los versos: "al reposo

⁵² Véase nota No. 50.

⁵³ Haciendo caso omiso de ideas bíblicas netamente interpretadas.

⁵⁴ "El Cristo de Velázquez", p. 15.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 18.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 23/24.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 101.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 123.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 131.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 21.

llamas / a la congoja de que el alma vive / quemándose a esperar. Y nuestras penas / sobre tu corazón, fuente sin corte / de humanidad eterna".⁶¹ La Humanidad eterna, que es para el poeta la esencia de Dios, es citada en: "Destapaste a nuestros ojos / la humanidad de Dios; con tus dos brazos / desabrochando el manto del misterio, / nos revelaste la divina esencia, / la humanidad de Dios."⁶²

Cristo es Amor, Cristo es Luz. De tantas alabanzas escogimos unas cuantas como ejemplos. El primero de los cuales es parte de la anteriormente revelada idea de la Humanidad: "Tú y tu madre... juntos juntasteis / la nueva humanidad, la que, ave Fénix, / sobre el nido de llamas de tu pecho / encendido de amor, se reconquista / y se levanta hasta tocar a Dios!"⁶³ — "Tú, Cristo, conquistaste / con tu espada de amor, que es brasa pura."⁶⁴ — "Tu pecho, de hirviente amor llagado."⁶⁵ "La luz de Dios se espeja como en foco / dentro tu corazón."⁶⁶ — "Luz, Luz, Cristo Señor, luz que es la vida!"⁶⁷ — "La luz que te rodea es el espíritu / que fluye de tu padre, el sol eterno, / las tinieblas rompiendo, y a nosotros / de Ti, su luna en nuestra noche triste."⁶⁸ Mientras las alusiones primeramente citadas se basan en trabajo intelectual que quiere penetrar y casi justificar la fe, nos parecen mística poesía los últimos versos citados y los siguientes: "¡Oh Luz queda, sin olas, luz sin tiempo, / mar de la luz sin fondo y sin ribera, / mar de la muerte que no se corrompe / y de la vida que no pasa mar!"⁶⁹

Misticismo puro en sí es la idea de la Eucaristía. Vemos los versos: "Hostia blanca del trigo de los surcos / del desierto, molido por la muela / del dolor que tritura; pan divino / de flor de harina, como lecho blanco."⁷⁰ La otra forma eucarística es cantada de tal forma: "¡Sangre! ¡Sangre! Por Ti, Cristo, es la sangre / vino en que ante la sed fiera del alma / se estruja el universo."⁷¹

El enigma siniestro del pecado y el misterio glorioso de la salvación, se expresan en los siguientes versos: "Oh feliz culpa, de la ciencia madre / —la ciencia no es sino remordimiento—, / fuente de redención, culpa fecunda, /

⁶¹ *Ibid.*, p. 26.

⁶² *Ibid.*, p. 24.

⁶³ *Ibid.*, p. 133.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 20.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 23.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 26.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 42.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 92.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 26.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 38.

⁷¹ *Ibid.*, p. 27.

tú hiciste el verbo carne..."⁷² Leamos otros: "...el único / hijo del Hombre de pecado libre, / mas el único, Tú, que lo comprendes. / Y así tomaste sobre Ti el pecado, / del bien y del mal la triste conciencia amarga".⁷³

El ansia que siente el hombre por la salvación de Cristo, el ansia personal, pide: "Cuando de sed morimos, danos Cristo, / vendaval de aguas negras que nos calen / el tuétano del alma, cataratas / que el rostro nos azoten; mas no muera / de sed el corazón aunque lo abraza / la tormenta."⁷⁴ — "¿nos bañamos en Ti? Jordán de carne"⁷⁵ y finalmente: "Amor de Ti nos quema, blanco cuerpo, / amor que es hambre, amor de las entrañas; / hambre de la palabra creadora / que se hizo carne; fiero amor de vida / que no se sacia con abrazos, besos, / ni con enlace conyugal alguno."⁷⁶

El poema es dedicado más a la fe, al aspecto de la vida del alma que al intelecto, a la razón. Pero el conflicto apuntado en las oraciones introductorias de la tercera parte del artículo, el conflicto continuo de Unamuno, es ligeramente marcado aquí por unas pocas invocaciones, donde el pensador busca en Cristo la satisfacción no sólo de la esperanza sino también de la lógica. Como ejemplos citamos: (Cristo) "la Razón, la norma",⁷⁷ "Eres Tú la verdad"⁷⁸ y "Tú, el Hombre, idea viva."⁷⁹ Hasta aquí el tratamiento del "Cristo de Velázquez" de Unamuno.

El Siglo XX —siglo de decadencia espiritual— siglo de descentralización de ideas y valores.

Tres grandes hombres, pensadores y poetas españoles en la primera mitad de este siglo, hombres que buscan y hallan una salida de la angustia deceptiva. Los tres son conocidos, reconocidos, famosos. ¿Quiénes los leen? ¿Quiénes los aprecian? No serán aquellos que no se quieren dejar caer en la nada?

⁷² *Ibid.*, p. 94.

⁷³ *Ibid.*, p. 95.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 80.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 34.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 56.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 21.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 136.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 134.

ANÁLISIS ESTILÍSTICO DE UN SONETO DE MIGUEL HERNÁNDEZ

IGNACIO BONNIN VALLS
Catedrático

Texto

Tengo estos huesos hechos a las penas
y a las cavilaciones estas sienes:
pena que vas, cavilación que vienes
como el mar de la playa a las arenas.

5 Como el mar de la playa a las arenas,
voy en este naufragio de vaivenes,
por una noche oscura de sartenes
redondas, pobres, tristes y morenas.

10 Nadie me salvará de este naufragio
si no es tu amor, la tabla que procuro,
si no es tu voz, el norte que pretendo.

Eludiendo por eso el mal presagio
de que ni en ti siquiera habré seguro,
voy entre pena y pena sonriendo.

MIGUEL HERNÁNDEZ. De *El rayo que no cesa*.

Asunto.—El poeta, sumido entre penas y cavilaciones, se compara a las olas del mar. De este su estado sólo puede sacarlo el amor; pero, ni aun en él confiando, se sonríe estoicamente de sus propios sufrimientos.

Tema.—Desesperanza del poeta al no hallar la tranquilidad y el descanso que apetece.